

sesperacion los desertores del ejército regular, aquellos dragones y soldados que se habian escapado del ejército de Scheremetyeff.

Muchos pueblos y fortalezas de los cosacos en los rios afluentes del Don fueron entregados á las llamas por orden expresa del Czar, el cual juzgó necesario destruir hasta el último refugio de los campesinos fugitivos y de los sectarios. Los varones fueron deportados á otras comarcas, y acerca de los ancianos, mujeres y niños escribía Apraxin al Czar lo siguiente: «Estos ya desaparecerán por sí mismos,» es decir, perecerán miserablemente. Estas declaraciones nos dan una idea exacta de aquel género de lucha entre el poder y los elementos antipolíticos y antisociales, que en ocasiones dibuja con perfiles tan característicos el ilustre escritor ruso Ssolowieff.

Muchos habian caído prisioneros en las diversas acciones, de los cuales algunos fueron decapitados: varios atamanes, igualmente que algunos monjes sectarios, que habian ejercido su sagrado ministerio, y orado por el triunfo de los rebeldes, fueron descuartizados, y doscientos insurrectos colgados en palos fijos sobre tablados, iban sobrenadando por el Don abajo para escarmiento de todos los habitantes ribereños del rio.

Hasta entrado el otoño se prolongó la resistencia de algunas partidas de rebeldes. Un ataman, llamado Golyj, que significa «el desnudo,» reunió en derredor suyo algunos miles y les predicó los antiguos sermones sobre la salvacion de la «Casa de la Santa Madre de Dios,» sobre la necesidad de destruir á los boyardos y á los alemanes, y dirigió manifiestos radicales á los pobres y menesterosos, y al populacho, diciéndoles: que era menester protestar contra la introduccion de la fe «helénica,» esto es, pagana.

Fué indispensable emprender una lucha con el objeto de aniquilar aquellos restos de insurreccion. Las partidas de Golyj fueron derrotadas; unos tres mil hombres quedaron muertos, y otros muchos perecieron en la huida ahogados en el Don, ó alcanzados por las balas mientras nadaban.

Despues de estos terribles sucesos todo quedó tranquilo en aquellas regiones. La victoria era compañera inseparable del gobierno. Si hasta el débil poder de Alejo habia triunfado definitivamente de las bandas de Stenka Rasin, no era maravilla que el de Pedro, incomparablemente mas fuerte, estuviese en condiciones de desembarazarse de tales rebeldes. La pericia militar del ejército regular habia llegado á gran altura desde la época de Rasin. Por fin, aun cuando los generales del Czar no hubieran logrado éxito, la pujante fuerza personal del Czar hubiera puesto fin á este asunto. Pero lo que demuestra cierta capacidad política en el Estado, es que en tiempos de gravísimo peligro en el terreno de la política exterior, durante la lucha decisiva que era inminente sostener con Carlos XII en territorio ruso, el gobierno continuase firme enfrente de numerosísimas bandas de insurrectos, y dominase una rebelion que amenazaba arrebatarle miles de millas cuadradas de territorio. El Estado representaba el progreso, á pesar de que sus funcionarios obraban ciertamente con mucha brutalidad é injusticia, al paso que los elementos nómadas y cosacos del pueblo representaban la negacion de toda clase de adelanto y mejora.

No se habia puesto fin á la serie de crisis de esta especie con la catástrofe de los Strelitzs y con la sumision de las sublevaciones en el Sudeste, que ofreció muchas mayores dificultades. La hidra de las frecuentes insurrecciones de los campesinos y de las rebeliones de los soldados que enarbolaban las hipócrita bandera de la fe, no era fácil de aplastar. Estas regiones del Don, del Volga y del Ural han sido tambien en tiempos posteriores, y con mucha frecuencia, teatro de seme-

jantes intentonas. Por el momento se ganó infinito con que se hubiera afirmado la paz en el interior del imperio, aunque á costa de grandes sacrificios, y con que el Czar pudiese desenvolver sus planes relativos á la política exterior y á la reforma en el interior, sin tener necesidad, como él decia, de estar de continuo con la vista fija en aquellas regiones (las de los cosacos). Se hizo caso omiso de las protestas de los rebeldes contra el mandato de afeitarse la barba y reformar los vestidos, é igual suerte cupo á las presentadas contra la decantada introduccion del paganismo y contra los pretendidos ataques á la Iglesia ortodoxa; y se persistió en mantener las disposiciones adoptadas por Pedro, las cuales entrañaban el progresivo desarrollo del imperio.

Sin embargo, aun quedaba por vencer un serio peligro que podia ser mas terrible que todas las demás crisis que el gobierno de Pedro habia dominado tan felizmente.

Cuando llegó á la capital la noticia de la victoria alcanzada sobre los rebeldes y del suicidio de Bulawin, el czarewicz Alejo, hijo de Pedro, escribió á Menschikoff lo siguiente: «Yo me alegro de esta victoria» (1).

No era fácil adivinar á la sazón, que con el tiempo surgiria entre Pedro y Alejo un antagonismo que pusiera en cuestion el éxito de los proyectos y trabajos realizados por el Czar en su vida entera.

## CAPITULO V

### ALEJO

El pueblo habia abrigado grandes esperanzas en Ivan, hermano de Pedro, despues del malestar general que se habia dejado sentir por espacio de noventa años. Despues, el niño Alejo, hijo de Pedro, vino á ser el objeto de las conversaciones entre las masas, en las cuales se manifestaba bien á las claras el odio general al Czar y la esperanza en el heredero del trono. Decíase que Alejo no podia ver á los extranjeros, y que perseguia encarnizadamente á los boyardos y dignatarios que servian de ciegos instrumentos al Czar en su sistema de gobierno.

Como muchos veian próxima una reaccion, podia salirle al Czar un peligroso competidor en el poder, y este era Alejo. Su nombre podia servir perfectamente de bandera á la conspiracion; pues el antagonismo y hasta la enemistad personal que existian entre Pedro y Alejo, hacian esperar un conflicto.

En el año 1705 apareció en Francia la traduccion de una cancion popular rusa, en la cual parecia aplicarse á Pedro la historia en que se referia cómo Ivan el Terrible habia asesinado á su hijo con sus propias manos. El Czar, segun dicha cancion, habia dado orden á Menschikoff de matar á su hijo, pero Menschikoff no la ejecutó y esto alegró mucho al Czar en tiempos posteriores. Preguntóse al embajador ruso Matweyeff si tenia noticias confidenciales sobre el particular, á lo cual contestó lleno de indignacion que aquella absurda calumnia habia sido levantada por los suecos, y que ningun verdadero cristiano podia creer una mentira de aquella especie, pues que acciones de esta naturaleza repugnaban no ya á un monarca tan grande como Pedro, sino á simples campesinos (2).

¿Quién habia de presumir en 1705 que 13 años despues aquella tradicion popular habia de ser una verdad y que la violenta catástrofe del Czarewicz se habia de avenir bien con la naturaleza del Czar?

(1) Véase la carta de Lambin inserta en la revista *Russkaja Starina*, II, 12-13. Sobre la insurreccion de Bulawin, pueden servir de fuentes generales las actas publicadas por Ssolowieff, XV, 237-268.

(2) Ssolowieff, XV, 73. Archivo de Negocios extranjeros de Moscou.

Este antagonismo podia evitarse, si se lograba educar á Alejo conforme á las intenciones generales del Czar, dándole una instruccion universal y desarrollando en él la predileccion por la cultura de la Europa occidental, á la vez que una laboriosidad y un entusiasmo que correspondiesen, si quiera fuese en pequeña escala, al ardor y actividad de Pedro.

Ante todo se pensó en elegir los medios que fueran mas favorables para la educacion y desarrollo de Alejo. Pedro tenia el proyecto (1699) de enviar á su hijo al extranjero, donde, por ejemplo en Dresde, se educara con el hijo de Lefort. De Viena propusieron al Czar (1701) que enviara al Czarewicz á la ciudad imperial, y algunos años despues (1704) Luis XIV rogó al Czar, mandara á Alejo á la corte de Francia á recibir su educacion.

Mientras esto quedó sin realizarse, confiése la direccion del Czarewicz, que habia de quedar en Rusia, á los extranjeros. Poco tiempo despues de haber sido arrancado de los brazos de su madre, Jewdokia, y de haber aprendido la primera ensenanza, cuando vivia con su tia Natalia Alexeyewna bajo la direccion de un ruso llamado Wiasemsky, se le dió por profesor á un aleman llamado Neugebauer, quien realmente fué el preceptor del Czarewicz por espacio de un año (desde 1701 á 1702), al cabo del cual sobre vino una contienda entre él y unos rusos pertenecientes á la camarilla de Alejo. El motivo aparente de esta desagradable escena fué el distinto modo de apreciar las reglas de la etiqueta por parte de los representantes de ambas nacionalidades. Una reprension que Neugebauer dió en la mesa al Czarewicz, que á la sazón tenia 12 años, porque este puso en el plato los huesos descarnados del asado por orden expresa de un comensal ruso, segun era costumbre ó abuso admitido de antiguo en Rusia, fué la causa ocasional de este escándalo, por el cual el profesor extranjero prorumpió en frases duras contra la barbarie de los rusos y dió lugar á ser separado de su cargo.

Reemplazó á Neugebauer el baron Huyssen, el cual redactó un magnífico plan de educacion y ensenanza y gozó de la confianza del Czar en alto grado; pero no pudo adelantar mucho, porque en aquel intermedio dispuso Pedro que Alejo tomase parte como simple soldado en las operaciones de la guerra del Norte. Entre Neugebauer y Menschikoff habia existido grande antagonismo: en cambio Huyssen insistió en que Menschikoff ejerciese una alta inspeccion sobre Alejo. Contábase por entonces, hablando de Menschikoff, que este habia maltratado de obra al jóven Czarewicz cuando se encontraba en el campamento en 1703, sin que Pedro le reprendiera por aquel acto brutal (1).

Tal fué el origen de la oposicion entre el favorito y el hijo del Czar y posteriormente entre el Czar y Alejo. El baron Huyssen refiere que Pedro en una arenga al Czarewicz despues de la toma de Narwa (1704) le aconsejó que siguiera su ejemplo sin retroceder ni ante las fatigas ni ante los peligros, añadiendo que si no imitaba el ejemplo de su padre, no le reconoceria por hijo suyo y rogaria á Dios que le castigara en este mundo y en el otro. Este lenguaje tan despegado hacia presentir el conflicto que, andando el tiempo, sobrevino.

Difícil era satisfacer las exigencias de quien tenia tantas pretensiones como Pedro. El antagonismo debia acentuarse con tanta mayor antelacion cuanto que Alejo desde principios del año 1705 habia perdido sus profesores extranjeros, quedando completamente entregado á influencias esencialmente rusas. Desde que Huyssen fué á Berlin y Viena, adonde le envió el Czar con un cargo diplomático, la educacion

(1) La relacion de Pleyer de «que Menschikoff habia arrastrado por los cabellos al Czarewicz,» puede verse en Ustrialoff, IV, 2-613

del príncipe heredero de Rusia quedó como interrumpida, fué desigual y por fin completamente descuidada en los años que se anduvo deliberando sobre el proyectado viaje. Años enteros pasó el Czarewicz en Moscou entregado á sí mismo, frecuentando los círculos de gente ignorante y que pasaba la vida en la embriaguez y la disolucion. No fué solo Alejo el que se quejó en Viena á su cuñado el emperador Carlos VI, de que Menschikoff habia descuidado intencionadamente su educacion (2), y habia minado su salud, fomentando al efecto su aficion á la bebida, sino que tambien varios contemporáneos manifestaron repetidas veces esta opinion (3).

Si Pedro hubiera podido dirigir por sí mismo la educacion de Alejo, se hubiera este formado en la escuela política y militar de su padre, que era hombre de genio, hubiera estado sometido á otras influencias, y quizá se hubiera desarrollado de distinta manera. Pero Pedro estaba casi siempre ausente, ocupado en la guerra del Norte; precisamente por este tiempo hasta la batalla de Poltawa, estaba todo pendiente de la fortuna y la situacion exigia grandísimos esfuerzos por parte del Czar, á quien por lo tanto no quedaba tiempo para cumplir con los deberes de pedagogo y padre. Las primeras disensiones que muy pronto debian abrir un abismo insondable entre Pedro y Alejo, se hubieran tal vez evitado ó reducido en lo posible, guiando al último en la época crítica del desarrollo de su carácter por el camino del progreso y de las reformas. Si padre é hijo hubieran estado en inmediata correspondencia, y hubiesen permanecido por lo menos en no interrumpida relacion personal, en todas las diferencias de genio é inclinaciones; si Pedro hubiera hecho que su hijo participara de sus intereses y le hubiera tenido á su lado en la batalla de Poltawa, quizá no se hubiera aumentado entre ambos aquel desvío que habia de conducir á una crisis temible. Pero mientras Pedro daba batallas, que habian de ocupar páginas gloriosas en la historia universal, mientras se esforzaba lo increíble por resolver las cuestiones de Oriente y del Báltico, y aseguraba por lo menos en el exterior la nueva situacion de Rusia con la brillante batalla de Poltawa, permanecia el heredero del trono sometido á la influencia de un círculo de personas, que murmuraban del Czar, cuyas empresas desaprobaban y en quienes la falta de capacidad iba unida á costumbres groseras y vida licenciosa.

En Moscou vivia Alejo en medio de un círculo de parientes, los cuales, como las cuñadas de Pedro ó los deudos de Jewdokia, habian experimentado los efectos de la cólera de Pedro, y en ocasiones habian tomado parte en varias intrigas urdidas contra el Czar. Tambien muchos copartícipes en los negocios del gobierno en la antigua capital soportaban como una pesada carga las eternas inquietudes y los peligros de la guerra y de las innovaciones que derrumbaban todo lo existente. La aptitud para llenar su cometido y la paciencia de todos estaban puestas á prueba en el mas alto grado. Mientras gobernara Pedro, no habia que pensar en ningun reposo; la esperanza de todos aquellos que estaban mal avenidos con los no interrumpidos trabajos, debia ponerse en el heredero del trono con tanta mas razon, cuanto que este no parecia en manera alguna aficionado á seguir el ejemplo de su padre en lo referente á estar viajando de continuo, á ejecutar cosas increíbles, á hacer la guerra, á acometer empresas peligrosas ni á arriesgarse valerosamente en atrevidos viajes marítimos:

(2) Ustrialoff, VI, 66. Pogodin, en la «*Russkaja Bessjeda*,» 1860, I, 42, se inclina á creer que Menschikoff fué culpable.

(3) Véase verb. gr. Büsching, Magazin, III, 196: parecidas declaraciones en Pleyer, relacion de 15 de julio de 1706. Archivo de Viena en Ustrialoff, VI, 306.



todo el mundo tenía por cierto que el príncipe, por temperamento, se inclinaba á pasar la vida tranquila y pacíficamente en su patria.

Alejo no era incapaz; sabía apreciar las ventajas de la educación; se ocupaba con gusto en la lectura, mostrando predilección por los libros teológicos, asemejándose en esto á su abuelo el czar Alejo ó á su tío el czar Fedor; por donde se ve que los intereses intelectuales de Alejo tenían un blanco enteramente distinto que los de Pedro. El primero no esquivaba tan sistemáticamente, como algunas veces se ha supuesto, la aproximación á la Europa del Occidente, ó la cultura en sí, pero gozaba mucho en las conversaciones con los clérigos y en la discusión de cuestiones escolásticas, al paso que las fatigas de un viaje por mar, la dirección de los negocios administrativos que llevaran consigo responsabilidad y otros asuntos de este género, le parecían carga pesada é insoportable. El dibujo, las matemáticas, las artes prácticas eran letra muerta para el Czarewicz, mientras que Pedro se había dedicado con ahínco á este género por estudios. Es de notar en Alejo su conformidad con las aficiones á la sazón dominantes en el pueblo, con las sutilezas escolásticas, con las frivolidades teológicas, con épocas que no eran á propósito para ayudar á Rusia á crearse una posición fuerte en Europa, ni para atraer el imperio y el pueblo á la civilización de Occidente. Para continuar la lucha con Suecia, para elevar cada vez mas el poder de Rusia por mar y tierra, para dar nuevas leyes y ordenanzas y crear instituciones, se necesitaban otros elementos modernos de cultura, los cuales buscaba Pedro doquiera se encontrasen, en los círculos de los extranjeros, en la misma Europa occidental. Pero Alejo se entretenía gustoso en cuestiones abstractas, en lugar de seguir el ejemplo de su padre, el cual tenía constantemente la vista fija en grandes fines políticos, y sin darse punto de reposo se movía incesantemente en todas direcciones. Con motivo de la celebración de su matrimonio el año 1712, pidió Alejo al célebre teólogo Heineccio, que le compusiera un catecismo basado en las doctrinas fundamentales de la Iglesia rusa, lo cual rehusó cumplir este escritor por razones de conciencia, como era de suponer (1). Tales aspiraciones contrastaban extraordinariamente con las relaciones de Pedro con los naturalistas, geógrafos y etnógrafos como Ruysch, Leeuwenhoek, Witsen y otros. Mientras Pedro se procuraba por todos los medios libros que trataran de artillería, balística y pirotecnia, compraba Alejo con preferencia tratados de teología é historia de la Iglesia. Mientras Pedro estudiaba las maravillas del microscopio, se engolfaba su hijo con gran placer en una obra que tratara del maná celestial; leía vidas de santos, se familiarizaba con las reglas de la orden de San Benito, ó se edificaba leyendo la Imitación de Cristo, de Tomás de Kempis. Mientras Pedro desplegaba su actividad en los talleres de los obreros ó en grandiosos arsenales, extractaba Alejo los «Annales ecclesiastici» de Baronio. Mientras Pedro indagaba con penetración prodigiosa las condiciones del bienestar de los pueblos y de la riqueza de las naciones en sus viajes por Inglaterra y Holanda, y adquiriría por este medio una instrucción que tanto necesitaba como legislador y administrador, escribía Alejo detalles históricos sobre el modo de observarse la cuaresma en siglos anteriores, y sobre lo que era ó no pecaminoso. Mientras Pedro frecuentaba los gabinetes anatómicos y los museos artísticos, se engolfaba Alejo en las historias de toda clase de milagros. Pedro aprendía directamente lo relativo á aquellos Estados y pueblos que representaban la historia moderna; Alejo tenía predilección por la Edad media, cuyas sutilezas mis-

(1) Véase Leibnitz, por Guerrier, obra ya citada, pág. 120-125.

ticas y escolásticas, igualmente que las leyes y ordenanzas de papas y arzobispos, llamaban mas su atención que los problemas de la legislación y política de la reforma y de la ilustración. Mientras que Pedro era todo nervio y trabajo, le gustaban á Alejo los sueños quiméricos; ante la naturaleza de Pedro inflexible y á veces brusca, que todo lo acometía viva y enérgicamente, Alejo, concentrado en sí mismo con la debilidad de los moluscos y encerrado en un estrecho círculo de ideas, parecía menos un candidato al trono mas poderoso del mundo, que un adepto de doctrinas propias de muchos siglos antes. El hijo pertenecía á una generación antigua, al paso que su padre dejaba atrás el rápido vuelo de la mas moderna generación. El mundo en que Alejo vivía era un anacronismo, y como era incapaz de comprender los problemas que la nueva época planteaba á su pueblo y á su país, fácilmente podía suceder que la rueda del tiempo que adelantaba le triturase. A pesar de la terrible carga que llevaba sobre sí, marchaba Pedro adelante como un torbellino, y podía muy bien acabar por desembarazarse de Alejo en una sacudida, si este se le agarraba de los talones como un peso de plomo. Si el heredero del hombre de genio reformista no comprendía su época ni las necesidades de su Estado y de su pueblo, el primero debía pasar adelante sin tener en cuenta para nada en lo sucesivo las aficiones teológicas y mónico-escolásticas de Alejo. En tanto que Rusia se aproximaba á la Europa moderna, se entretenía el Czarewicz en reminiscencias bizantinas: si el piloto se volvía á mirar atrás, en vez de tender la vista hacia delante, no podía servir para llevar el timón del Estado (2).

Esta dirección en el desarrollo intelectual del Czarewicz fué necesariamente el resultado de su trato con clérigos, á quienes señaló como causantes de su ruina cuando tenía inmediata y ante sus ojos la muerte, cuando en parte se le arrancaron declaraciones por medio de terribles tormentos. Había cultivado con mucho cariño, dijo, el trato con monjes y papas (3); los cuales le habían acostumbrado á semejantes cosas y también al desahogo en la bebida, y que por esto habían llegado á disgustarle todos los trabajos serios, la ocupación en asuntos militares y políticos, y hasta la persona de su padre.

Recordemos el antagonismo sistemático entre los elementos religiosos del pueblo y del Czar. Hemos visto que toda la oposición tomó instantáneamente un tinte religioso, espiritual, escribió en sus banderas lemas de piedad y ortodoxia, y estigmatizó al Czar como hereje y aborto del infierno. Hemos observado en seguida, que Alejo se interesó por la suerte de aquel Talizky «condenado á muerte», el cual trabajó mucho por propagar en el pueblo por medio de toda clase de escritos la prueba de que Pedro era el Anticristo. Se comprende lo trascendental que era en tal situación que el Czarewicz hubiese permanecido estancado en el estrecho círculo de algunos monjes y clérigos desde la edad de 15 hasta la de 20 años, en lugar de tomar una parte activa, en medio del torrente de los grandes sucesos y adelantos, en los hechos y experimentos de Pedro.

Tenemos una idea clara de la atmósfera intelectual que rodeaba al Czarewicz, por la correspondencia epistolar del

(2) Véase el catálogo de sus libros en las actas relativas al Czarewicz, coleccionadas por Jessipoff, y publicadas por Pogodin en las memorias de la Sociedad histórica de Moscú, 1861, tomo III; su libro de gastos de 1714, pág. 83-115; además los Extractos de Baroni en Ustrialoff, VI, 324-326, y en Pogodin, obra citada, págs. 144-163 y 170-173; puede verse otro catálogo de los libros del Czarewicz en Pekarsky, La Ciencia y la Literatura en tiempo Pedro, I, 46-47.

(3) En la Iglesia griega se llaman papas los curas párrocos y los que hacen sus veces.

(N. del T.)

mismo con su confesor Jacobo Ignatieff (1), el cual ocupaba el punto céntrico en el círculo de los amigos y correligionarios de Alejo.

Las relaciones entre Jacobo Ignatieff y Alejo se asemejaban á las que existieron entre el patriarca Nikon y el czar Alejo: en ambas ocasiones hubo cierta subordinación del príncipe al clérigo; abuelo y nieto eran naturalmente piadosos y fácilmente accesibles á las influencias de otros. Ambos buscaron y encontraron un punto de apoyo, un sosten y ayuda en los altos representantes de la Iglesia. El czar Alejo había llamado su amigo de corazón al patriarca. El Czarewicz escribía cartas á su confesor llenas de cariño y de ternura, y con las expresiones mas atentas y respetuosas; llegando á decir en una de ellas que no tenía otro amigo en el mundo mas que Jacobo Ignatieff, y que si acaso moría este, sería fácil que él (Alejo) no volviera jamás á Rusia (2).

Ambos tuvieron deseos y esperanzas comunes. En una ocasión en que Alejo manifestó á su confesor que deseaba á su padre la muerte, le contestó Jacobo Ignatieff: «Dios te perdonará; todos nosotros le deseamos la muerte, porque el pueblo sufre una carga muy pesada.» A continuación hizo notar el confesor, que el pueblo amaba al Czarewicz y tenía puestas en él sus esperanzas.

Jacobo Ignatieff servía de intermedio para la correspondencia entre Alejo y su madre Jewdokia. Tenemos noticia cierta solo de una visita que el Czarewicz (1706) hizo á su madre en el monasterio de Ssusdal que le servía de prisión, episodio que dió ocasión á desagradables discusiones entre Pedro y Alejo, pero que por otra parte dió pie para el cambio de unas cartas breves y regalos. La correspondencia no fué animada; andando el tiempo sirvió de mediadora una tía del Czarewicz, María Alexeyewna, y todo ello se redujo propiamente á enviar Alejo algunas cantidades á su madre. Alejo temía la severidad de su padre, hasta tal punto, que nada dijo á sus amigos acerca de la correspondencia con Jewdokia, y procuró ocultar de los «espías» la intimidad de su trato con Jacobo Ignatieff. Hay sobre todo en los escritos de Alejo y de su confesor cierto misterio; se expresan por rodeos y con oscuridad; hacen mención de los demás amigos designándolos con los nombres de «los conocidos», «la compañía», «los pertenecientes á la sociedad.» Sin embargo, no había nada que se pareciera á una conjuración, nada que indicase una alianza misteriosa bajo programa político determinado. Existía un círculo de descontentos, que procuraba expresarse en términos claros, censurando á «los altísimos», nombre con que se designaba al Czar, á la Czarina y al mismo Menschikoff; pero este círculo era inactivo y no pasaba los límites de una crítica relativamente inocente de los actos del Czar y de sus adictos (3). También se trató de asegurar los intereses espirituales, y en este sentido es característica la carta que escribió Alejo desde el extranjero á su confesor, en la que suplicaba á su amigo le enviara clérigos disfrazados de criados para salvar su alma, caso de morir en país extraño. En esto unía el Czarewicz un escrupuloso formalismo espiritual, con una inclinación fuertemente arraigada á la mentira y á la ficción; ideó un sistema de engaños, y se impuso en todos los pormenores del engaño calculado. Los detalles de la empresa resonaron como si hubiera trata-

(1) Esta correspondencia y otros papeles fueron descubiertos por el gobierno en 1720, encontrados por Jessipoff en el Archivo despues de la publicación del libro de Ustrialoff sobre Alejo, y finalmente dados á luz por Pogodin.

(2) Carta escrita desde Varsovia el 27 de abril de 1710, Pogodin-Jessipoff. Obra ya citada, pág. 39.

(3) En la obra citada de Pogodin Jessipoff hay abundantes datos sobre estas relaciones.

do de poner por obra grandes conjuraciones; pero en realidad se guiaba por sus intereses privados; únicamente en la forma se asemejaba á los conspiradores políticos. Imbuido en las doctrinas eclesiásticas de la Edad media, tenía ante su vista lo divino y lo eterno; pero hollaba los preceptos de la moral común; procuraba observar los principios fundamentales de la Iglesia, pero no se avenía con los preceptos de orden secular. Semejante á un hipócrita, tomaba por un deber el engañar á todo el mundo por fines religiosos. En esto se manifestó el influjo de aquellos elementos eclesiásticos en cuyo círculo había pasado su juventud. Estos se sentían oprimidos por el poder ilimitado de Pedro; la cólera y el odio estaban en ellos tan desarrollados, como el temor al castigo que habría de aplicarles el inexorable Czar. Les parecía inocente el hundir á los funcionarios del gobierno, y representar una como mascarada *in majorem Dei gloriam*, y había cierta satisfacción en esta oposición pasiva. El digno y franco modo de obrar propio de los hombres libres era sustituido por la astucia propia de los esclavos.

Los amigos de quienes se hace mención en esta correspondencia, en su mayor parte gente de orden muy inferior, tenían sus apodos; algunas veces se servían de cifras en su mutua correspondencia, pero nunca se hablaba en ella de política; se hacía referencia á asuntos espirituales, y se describían orgías. Los miembros de este círculo eran, entre otros, el marido de la nodriza de Alejo, su profesor Wyasemsky y dos Naryschkin; el arzobispo de Krutiza es el único de alta posición que puede citarse, el vicario del patriarcado, Estéban Yaworsky, estaba alejado de este círculo.

Compréndese que al concebirse el proyecto de casar á Alejo con la princesa Carlota de Wolfenbüttel, se manifestaría en este círculo el deseo de convertir á la extranjera á la Iglesia ortodoxa. Alejo se carteo con Jacobo Ignatieff sobre el particular, poniéndole en perspectiva la futura conversión de la princesa. Entre tanto no presentó dificultades para tomar por esposa á la protestante.

Solo en una ocasión manifestó de una manera clara sus simpatías por el Czarewicz el previsor y cortesano Estéban Yaworsky. Sucedió el año 1712 en un sermón, en el cual hizo una invocación á S. Alejo, cuya protección pidió para el Czarewicz que llevaba el mismo nombre y á quien apeló «nuestra única esperanza», lo cual hizo mas sensación, por cuanto en el discurso se deslizaron algunas indicaciones censurando los nuevos procedimientos económicos del Czar. Unos senadores se presentaron en casa del príncipe de la Iglesia y le hicieron cargos, por cuya causa se vió precisado á sincerarse de su atrevimiento en algunas cartas dirigidas al Czar, sin que este asunto tuviera para él ulteriores consecuencias. Entre tanto Alejo ordenó que le remitieran una copia del sermón y de la invocación, y las guardó con mucho cuidado.

Manifestó también el Czarewicz en el proceso (1718) que Estéban Yaworsky le había dicho en una ocasión antes de la consumación legal del matrimonio de Pedro con Catalina, que él debía tomar precauciones; que si moría (Alejo) no se consentiría al Czar que tomase una segunda mujer, sino que se le obligaría á volver á unirse con Jewdokia para tener un sucesor al trono (4).

Había conversaciones y diálogos peligrosos en la intimidad, poniéndose una vez mas sobre el tapete la cuestión de eventualidad de la muerte de Pedro. La cordedad intelectual de los amigos de Alejo era la causa de que se hablara con tanta frecuencia de toda clase de sueños y predicciones, que siempre venían á parar al mismo tema, esto

(4) Autos del proceso de 1718 en Ssolowieff y Ustrialoff.